

niéndose entre ambos para evitar que continuase; fuera de sí, de un manotazo la tiró al suelo, pero la pobre vieja se incorporó como pudo y valientemente me protegí con su cuerpo. ¡Creo que me salvó la vida! Entonces mi marido se fue hacia la vivienda, no sin antes advertir a su madre que si me soltaba, nos mataba a las dos de un tiro. Quedamos asustadas. "lo peor está por llegar" me susurró la pobre anciana al quedar solas, mientras me arreglaba la ropa y me limpiaba la sangre de la cara. "Ahora se va a entregar a la bebida, y cuando bebe por resentimiento se convierte en un monstruo." ¡Sí! lo sabía, y por eso apoyé mi frente sobre la fría rueda metálica de la máquina y comencé a llorar, a llorar y rezar. Mi suegra también gemía a pocos metros de mí sin querer abandonarme, temiendo que su hijo regresara y en un arrebato me matase.

"No recuerdo el tiempo que llevábamos allí humedecidas ya nuestras ropas por el rocío de la madrugada, cuando apareció de nuevo con la botella de coñac en la mano gritando con voz pastosa: "¡Putá más que puta! ¡Y parecía que se le acababa el mundo aquella noche en Fraga! ¡La mosquita muerta!" Al llegar junto a mí, me cogió brutalmente por el pelo y tiró con fuerza, tensando mis brazos sujetos al rastrillo y dejando mi cabeza peligrosamente distorsionada hacia atrás. "¿Quién es él? ¿he? ¿Dime quién es él o te rompo la espina ahora mismo! ¡Mala puta!" Sus palabras escupían odio y maldad "¡Suéltala! ¡La vas a matar animal!" Gritó la madre, mientras yo gemía de dolor. "¡Habla o te mato zorra!" continuó él tirando cada vez con más fuerza, hasta el punto que sentí crujió mi espalda. "Diselo" me suplicaba la madre. "Diselo o te matará". Finalmente pude articular su nombre y entonces me dejó soltando una sádica carcajada mientras exclamaba: "¿Ese pijaito de mierda? ¡Vaya hombre! ¡Además de vago se jode a la mujer del amo! ¡Ya le daré yo!" Después cogió a su madre de un brazo sin contemplaciones y, desoyendo sus protestas la llevó en volandas hacia la torre. Supe que iba a encerrarla en su habitación para después regresar. Aquella idea y el frío de la madrugada, hicieron que comenzase mi cuerpo a temblar y mis dientes a castañear alarmantemente.

Al poco regresó ya completamente borracho. Le vi beber directamente de la botella y lanzarla con fuerza. A continuación me rasgó la ropa a tirones y quedó de horcadas frente a mí, contemplándome mientras trataba de mantener el equilibrio. Después, dando traspiés, tiró de mis muslos hacia él dejándome inclinada hacia adelante, y comenzó a violarme salvajemente por detrás, al tiempo que, pasando sus brazos bajo mis sobacos se apalancaba en mis senos tirando de ellos sádicamente. Yo ahogaba mis gemidos de dolor, aunque contenta de que la tragedia hubiese seguido aquel derrotero, porque sabía que después caería rendido y dormiría como un cerdo. Consideré que, aunque momentáneo, aquel era el mejor desenlace que podía esperar, y aguanté. Aguanté con los dientes apretados rogando a Dios que terminase pronto.

Pero al parecer Dios no estaba por allí aquella noche, y quien sí merodeaba era aquel objeto que de súbito apareció nuevamente frente a la casa inundándonos otra vez con su cegadora luz. Mi marido se separó de mí blasfemando mientras se subía los pantalones. Algo después, mientras la esfera se perdía a gran velocidad en la inmensidad del cielo, vimos aparecer a Martín caminando

hacia nosotros como un sonámbulo. Le grité para que se fuera, para que no se acercara, pero no parecía oírme. Recuerdo que entonces mi marido cogió algo del suelo y le asestó un golpe en la cabeza derribándolo. A continuación fuera de sí, caminando como un simio a causa de su embriaguez, con la tenue luz del cielo comenzó a hurgar entre la maquinaria. Intuí que buscaba algún objeto para continuar agrediendo, y comencé a gritar llamándole asesino mientras intentaba desligarme lanzando mi cuerpo hacia atrás y dando fuertes tirones y sacudidas que me destruían las muñecas. Oí su grito de júbilo cuando localizó lo que buscaba, y después le vi correr hacia Martín que continuaba inerte en el suelo. Volví a increparle como una loca abalanzándome consecutivamente hacia los lados en un intento de romper la cuerda, hasta que finalmente la sangre me permitió deslizarse las manos por entre las ligaduras, y corrí hacia ellos sin importarme ya lo que pudiera sucederme. Al llegar encontré a mi marido arrodillado a cuatro patas vomitando sobre el suelo, de su entorno emanaba un pestilente olor de coñac medio fermentado, aferrada todavía su diestra a una pequeña hoz, y junto a él, a Martín inconsciente extendido en el suelo con los pantalones bajados y el bajo vientre en un mar de sangre. ¡El degenerado lo había castrado! Fuera de mí le arrebaté la hoz y, arrodillado como estaba la deslicé bajo su garganta, cerré los ojos y tiré de ella hacia arriba con fuerza. La herramienta se escapó de mi mano mientras él caía de bruces lanzando un alarido y llevándose las manos al cuello. Después le vi alejarse dando traspiés.

Me incliné sobre el pobre muchacho y comprobé que se desangraba. Entonces no había teléfonos en las fincas. Teníamos un automóvil pero yo no sabía conducir. Lo primero que se me ocurrió fue enganchar la yegua a la vieja tartana, y correr hacia la vivienda en busca de mi suegra para que me ayudase a cargarlo en ella. Desatranqué la puerta de su dormitorio y la encontré todavía vestida sollozando sobre la cama. "¡Pronto!" le grité. "¡Cójala una sábana y venga conmigo. ¡Deprisa!" La asustada vieja me obedeció sin rechistar. Cuando cargábamos el cuerpo en el carro-mat se atrevió a preguntar: "¡Dios mío! ¿Qué ha pasado? ¡No entiendo nada!" Guardé silencio ayudándola a subir también. Sólo cuando estuvimos los tres en el interior le grité: "¡Presione con fuerza la sábana en sus partes para taponar la sangre. ¡Su hijo lo ha castrado con una hoz!" Un horrorizado grito se escapó de su garganta mientras me obedecía, después prorrumpió a llorar.

Fustigué sin compasión a la pobre yegua que pronto alcanzó el galope, y gracias a su instinto, a través de las tinieblas de la noche llegamos al pueblo sin contratiempo. Cuando nos detuvimos frente al domicilio del médico, la muertecina luz que pendía de su fachada reflejó sobre el lomo del animal una especie de espuma blanca, mientras que de sus fosas nasales surgían acompañados torrentes de vapor. Fue entonces cuando también me percaté de que solamente iba vestida con las bragas y la camisa hecha jirones que pendía sobre mis hombros. Pedí su vestido a mi suegra, ella quedó en enaguas, y juntas arrastramos a Martín hasta el portal. Después le ordené que regresara sin mí, y sin esperar respuesta arreé el animal. Cuando desaparecía el carruaje por la cercana bocacalle, la claridad del alba empezaba a despuntar y el canto de los gallos anunciaba el nuevo día. Continuará.

Juan Ramón Martínez.